

San Pedro

El 16 de marzo del año 2021, a las 2:12 de la madrugada, murió don Manuel.

Antes de morir acostado en su cama, vio cómo lo rodeaban su esposa, sus dos hijos y sus tres nietos, todos llorando.

En el instante de su muerte, uno por uno, sus familiares se convirtieron en humo y desaparecieron. Don Manuel estaba solo. Luego, se esfumó su cómoda, con la gaveta y el espejo, y también su clóset, con su sencilla ropa. Don Manuel se levantó de la cama, descalzo, y se sorprendió, pues el suelo de mosaicos color piel no le transmitió temperatura alguna. Se esfumó la cama. Enseguida, las paredes perdieron su color crema y se tiñeron de blanco. Don Manuel miró sus pies y, sonriendo, pensó en cuánto extrañaba poder levantarse de su cama sin ayuda. Mientras miraba hacia abajo, los mosaicos que apoyaban sus pies se esfumaron y fueron reemplazados por un suelo plano, blanco y nítido. «¿Y esto qué es?», pensó.

—¡Hola! —gritó don Manuel con su fuerte acento gallego. Agregó su palabra inventada preferida, aquella palabra que utilizaba con propósitos tan variados como para llamar la atención y expresar sorpresa—: ¡Wiwa!

—¿Qué quiere decir «wiwa»?

Don Manuel casi muere de nuevo por el susto que esta voz extraña le provocó. Se volteó y vio a un hombre viejo y vital. El hombre llevaba zapatos negros gastados, holgados pantalones de vestir color gris y una guayabera blanca en cuyo bolsillo cargaba un bolígrafo de tinta azul y unos lentes para leer. Además, tenía dos alas blancas que nacían desde el centro de su espalda y se extendían un poco más allá de cada hombro.

—¿Y tú quién eres? —dijo don Manuel con algo de miedo envuelto en tono de sospecha.

—Yo soy San Pedro, don Manuel.

Don Manuel comenzó a reír con su risa nerviosa de siempre, esa que le hacía rebotar los hombros y saltar el pecho y que siempre iba acompañada de cierta carraspera, como si el reír lo forzase a limpiar su garganta de penas que se habían quedado atascadas ahí años atrás.

—Por favor —dijo don Manuel con gran escepticismo, riendo—. ¿San Pedro? Je. Qué vaina. A ver, por favor. ¿Quién eres?

—Le digo que San Pedro, don Manuel. He venido a buscarlo.

Al escuchar estas palabras, don Manuel se dio cuenta de que había muerto. Supo de inmediato que ya no habitaba la Tierra con la familia, el trabajo, el negocio, el televisor, la voz de Celia Cruz, los chistes de Tres Patines, las películas de Cantinflas, el bacalao a la gallega, la refrigeradora que cargó desde el carro hasta la cocina cuando aún tenía fuerza muscular, su silla mecedora.

—Oh —dijo don Manuel, indefenso como un niño—. ¿Sí?

—Sí —dijo San Pedro y, dándole las condolencias a don Manuel por su propia muerte, le puso la mano sobre el hombro—. Lo siento mucho.

—¿Qué siente, San Pedro? —preguntó don Manuel, adolorido.

—Pues... su muerte, don Manuel.

—Lo que debería sentir —don Manuel hizo una pausa—: ¡es que llegó tarde! —San Pedro pasó de la condolencia a la confusión. Don Manuel continuó—: Pero lo perdono. ¡Ya era hora! ¿Había tráfico, eh? De gente muriéndose. ¿Había tráfico? ¿Había fila? Uh, qué vaina, sí, siempre hay fila, mucha gente muerta. ¿Por eso se demoró? No pasa nada. Para qué pelear. ¡Gracias, San Pedro!

Don Manuel abrazó a San Pedro, quien, totalmente confundido, correspondió al abrazo.

—¿No está triste, don Manuel?

—¿Triste? Uh, por favor. La tristeza es para cuando se mueren otros, no uno. ¡Gracias por venir, San Pedro! Usted siempre ha sido mi santo —don Manuel soltó el abrazo y le hizo una reverencia a San Pedro—. Es un honor. Gracias. Mire: lo que usted ha hecho por mí, mi familia lo hará por usted.

San Pedro rio con modestia, halagado como un actor de teatro a quien le piden el autógrafo al terminar la función.

—Pues, don Manuel —dijo—. El honor es mío. Me alegra que esté contento. Sé muy bien que desde su niñez ha sido fiel a mí, incluso cuando sus familiares y conocidos le decían que había mejores santos o, peor, que los santos no existían o, aún peor... que Dios nuestro Señor no existía.

—¡Wiwa, San Pedro! ¡Qué honor! Gracias por venir. No sé si hay un dios o no, ¡uh!, con tanta cosa mala que hay; pero siempre supe que usted existía. Gracias.

San Pedro se acercó a don Manuel y le habló en un susurro, como un niño en la escuela contando un secreto:

—Mire, don Manuel. Yo a usted siempre lo he querido mucho. Y agradezco que siempre haya defendido mi existencia, en especial ante ese nieto suyo, ese, el menor, el que siempre dice que es ateo. La verdad, don Manuel, usted puede creer o no creer como guste. ¡Hasta yo dudo de vez en cuando! Es decir, claro, Dios creó todo; pero ¿quién creó a Dios? Cada vez que le he hecho la pregunta directamente a Dios, se molesta y crea otro planeta. Y después dice que «no tenemos el personal celestial para cuidar tanto planeta»; pues claro, ¡si sigue creando planetas y se niega a contratar más ángeles! Pero... no es ese el punto. El punto es que hasta que termine nuestro día juntos, don Manuel, le pido que no ponga en duda la existencia de Dios nuestro Señor, mucho menos en voz alta. Si realmente necesita comunicarme una duda, le pido que lo haga en voz muy baja, ya que nuestro Señor es un hombre mayor y su oído no es el mismo de antes. Hágame caso;

así no demoramos el proceso. Ahora me apartaré y usted me dirá en voz alta cuánto cree en nuestro Señor y cuánto lo ama; no importa que no esté seguro; vamos; véndamelo.

San Pedro se apartó de don Manuel, quien, con una sonrisa que revelaba la dentadura y escondía los nervios, afirmó como un mal mentiroso:

—San Pedro, mi paisano. ¡Uh! Yo lo estaba molestando. ¡Sólo hay un Dios! ¡Yo creo en Él! ¡Yo confío en Él! ¡Yo lo amo! —don Manuel miró hacia arriba y, abriendo bien los ojos al descubrir la infinidad blanca que lo rodeaba, agregó—: ¡Gracias... Dios!

—Un poco exagerado —susurró San Pedro—. Agradezca una vez más. Que sea creíble.

—Gracias, Dios —dijo don Manuel con gravedad bien fingida.

—Perfecto —susurró San Pedro. Luego, alzó la voz—: ¡Así es, don Manuel! Es usted un cristiano fiel. ¡Gracias por amar a Dios! Vengo en nombre de nuestro Señor para ingresarlo a usted, don Manuel, en el Reino de los Cielos... si usted pasa las pruebas, claro está. No se preocupe. El que yo esté aquí significa que es usted un gran candidato, así que confío plenamente en que logrará unirse a nosotros en el Paraíso.

—¿O sea que no voy al infierno?

—¡Don Manuel! —exclamó San Pedro, indignado—. No diga esa palabra. ¿Cómo se le ocurre? No, no irá a ese lugar; si fuese el caso, ya estaría ahí.

—Qué suerte —dijo don Manuel con alivio que se transformó en curiosidad—: ¿Y Franco?

—¿Qué?

—Francisco Franco. El dictador. ¿Dónde está él?

—No tengo la autorización para responder a esa pregunta, don Manuel.

—San Pedro, por favor —dijo don Manuel con carisma de negociante—. Dígame algo; se lo pido. No soy más que un pobre inmigrante y encima ahora estoy muerto. Soy un hombre de Dios, un creyente. Ayúdeme.

—Pues, don Manuel —dijo San Pedro, rindiéndose como un abuelo ante las demandas de su nieto preferido—. Digamos que el señor Franco... no está en el Paraíso.

—¡Uh! —exclamó don Manuel con alegría—. Qué bueno. Uh, era malo ese tipo, más malo que las tarjetas de crédito. Y... ¿El gallego que me robó? Ese, el que me quitó todo cuando yo iba pasando café de Portugal a Galicia. ¿Él también?

—Don Manuel, me está poniendo en una situación muy incómoda; no debo comentar sobre estos temas... pero sí. Él también.

—¡Uh! Bien merecido. A veces lo peor que hay son los paisanos de uno; acuérdesse de eso.

—Lo recordaré, don Manuel —dijo San Pedro con una sonrisa que revelaba el afecto que ya sentía por este difunto con tan singular personalidad—. ¿Listo?

—Llevo meses listo. Sin poder trabajar ni caminar. ¿Usted qué cree? Claro que listo. Vámonos ya.

San Pedro asintió e hizo un chasquido que reverberó por los siglos de los siglos. Instantáneamente, se materializó un ascensor plateado. Las puertas del ascensor se abrieron. Una voz incorpórea y profunda dijo: «Piso 1. Sala de espera».

—Pase usted —dijo San Pedro, invitando con un gesto de la mano a don Manuel para que entrara al ascensor. Este entró y San Pedro le siguió.

—Pensé que eran escaleras —dijo don Manuel.

—¿Disculpe?

—Sí... Pensé que en el más allá había escaleras que uno subía hasta llegar a las puertas del Cielo.

—¡No, don Manuel! Lo pasado, pisado. Esas escaleras las quitamos hace cinco o seis siglos. Demasiada gente se tropezaba subiendo; se caían y terminaban rodando cuesta abajo hasta el lugar que no debemos nombrar. Ya era hora de modernizarnos. Lo mismo con las alas —San Pedro indicó sus alas con un ademán—. Luego de un accidente aéreo que involucró a doce ángeles, que en paz sigan descansando, ahora sólo los empleados que trabajamos tiempo completo en el Paraíso tenemos alas... y ya no sirven para volar; son sólo parte del uniforme oficial.

Las puertas se cerraron. El panel de control del ascensor metálico mostraba tres botones alineados verticalmente: el de más arriba estaba marcado con el número «2» y tenía una inscripción que decía, en letras blancas, «Reino de los Cielos y Paraíso Infinito»; el del medio estaba marcado con el número «1» y tenía una inscripción que decía, en letras azules, «Sala de espera»; y el de más abajo estaba marcado con el número «-666» y tenía una inscripción que decía, en letras rojas, «Aquel lugar que no debemos nombrar. Sólo presione este botón en caso de urgencia o demonios».

San Pedro presionó el botón «2» y la voz incorpórea dijo: «Piso 2: Reino de los Cielos y Paraíso Infinito».

—Esa voz profunda—dijo don Manuel—. ¿Es Dios?

—¡Don Manuel! Claro que no. Dios no tiene tiempo ni espacio para trabajar en el ascensor. Es la voz de Sam, un alma noble. Le cuento que antes de Sam, la voz del ascensor era el señor Andrea Bocelli; pero él era demasiado costoso. Como no era un difunto, le teníamos que pagar regalías exorbitantes. Estamos esperando a que muera y entre al Paraíso para poder usar su voz sin pagar.

—Je je —don Manuel se rio—. Andrea Bocelli. Buen negocio. Y bonita voz.

—Así es, don Manuel. Pues... ¡Arriba!

El ascensor comenzó a subir. Ambos hombres, uno al lado del otro, inmóviles, escuchaban la eterna melodía de Beethoven, «Oda a la alegría», la cual emanaba de las bocinas del ascensor.

—Bonita música —comentó don Manuel para aligerar un poco la incomodidad inherente a todos los viajes de ascensor.

—Así es —respondió San Pedro—. Es de las mejores que ha creado la humanidad —hubo una larga pausa. San Pedro se incomodó y agregó—: Es mi preferida del señor Beethoven. Muy hermosa. De todos los compositores que tenemos en el Paraíso, él es mi favorito. No le diga nada al señor Mozart.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron. Cuando don Manuel se preparaba para salir del ascensor, este se esfumó, así que ambos hombres permanecieron parados en el mismo lugar. «Bienvenidos al Piso 2: Reino de los Cielos y Paraíso Infinito», dijo la voz de Sam. Don Manuel se volvió a sorprender por la profundidad de la voz, aunque se sorprendió incluso más por lo que presenciaba.

A su derecha, veía una piscina interminable con incontables personas nadando y riendo. Las personas estaban todas vestidas de blanco y el agua no parecía mojarlas. Un hombre caminaba sobre el agua de la piscina.

—Ese es Jesús —dijo San Pedro—. A la gente le encanta cuando hace eso. Tiene que verlo cuando hace volteretas sobre el agua. ¡Es increíble!

A su izquierda, don Manuel veía y oía mujeres hermosas cantando armonías divinas y bailando balé. Percibía con su olfato el olor a pan dulce con canela. Con la vista al frente, veía grupos de alegres difuntos rezando, sagradas procesiones interminables y gentiles ángeles con alas obsoletas recorriendo el Paraíso a pie. Don Manuel veía también, en la lejanía, un glorioso

escenario sobre el cual talentosos actores interpretaban lo que parecía ser una versión especial de la resurrección de Cristo.

—Es mi obra favorita —declaró San Pedro con repentinas lágrimas en sus ojos—. Espero que usted logre ver a Jesús interpretando el papel de Jesús. ¡Es increíble!

—Je je —don Manuel rio nerviosamente, un poco abrumado por el entorno y extrañado por las lágrimas de San Pedro.

Entre don Manuel y todo lo que percibía, comenzaron a materializarse unas enormes puertas con rejas de oro, perla y cristal. Cerca de los dos hombres, se materializó también una oficinita con cuatro paredes de yeso.

—¿Esas son las famosas puertas celestiales de San Pedro? —preguntó don Manuel.

—Sí y no, don Manuel. Les llaman así porque yo fui quien las construyó hace unos milenios; no recuerdo el siglo exacto. Pienso que me quedaron muy hermosas; me siento orgulloso de mi trabajo. Pero desde que Dios me concedió un ascenso, ya no trabajo en las puertas; ahora trabajo en esa pequeña oficina que ve usted. Mi reemplazo en la puerta es Carlitos, un chico quien murió joven en un trágico robo a mano armada. Él era el ladrón. Por suerte rezaba mucho. ¡Hola, Carlitos!

Desde las gloriosas puertas, a unos veinte metros de donde estaban don Manuel y San Pedro, un chico beatífico alzó la mano. Tenía camiseta y pantalones blancos; el tatuaje de una cruz le cubría el antebrazo. El chico alzó la voz:

—¡San Pedro! ¡Saludos, jefe!

—¡Feliz día, Carlitos! Ya te lo he pedido: Por favor no me llames «jefe». Sólo llámame «santo».

—¡Sí, jefe santo!

San Pedro le sonrió a Carlitos y luego le susurró a don Manuel:

—Es casi un ángel el chico, aunque haya cometido errores en vida; pero no es ningún Einstein. Créame; yo conozco a Einstein y a menudo conversamos; él está aquí en el Cielo. Le cuento que casi no logra entrar por haber contribuido a que la humanidad creara la bomba atómica. ¡Pero hay que perdonar! En fin, don Manuel. Sígueme.

Don Manuel y San Pedro caminaron hacia la oficinita que colindaba con las gloriosas puertas. San Pedro sacó unas tintineantes llaves del bolsillo del pantalón y desatancó la puerta de madera. Ambos entraron. El interior de la oficinita era gris. San Pedro trancó la puerta desde adentro. Don Manuel se sentó en una silla plateada al frente de la cual había un escritorio y luego otra silla idéntica. Le vino a la memoria estar en Galicia cuando lo mandaron a la oficina del director de la escuela, en segundo grado, porque se rumoraba que le estaba vendiendo a sus compañeros de clases café de contrabando. San Pedro se aseguró de que la puerta de la oficinita estuviera bien trancada. Hizo el gesto de ir a sentarse; pero volvió a la puerta una vez más para cerciorarse de que estuviera trancada. Una tercera vez, intentó girar la manilla de la puerta y volvió a confirmar que sí estaba trancada.

—¿Todo bien, San Pedro? —preguntó don Manuel.

—Sí, don Manuel, gracias. Le llaman trastorno obsesivo compulsivo. Eso me dijeron Dios y también el señor Carl Jung, mi psicólogo de cabecera. No es nada serio; pero me tengo que cerciorar tres veces de que las puertas queden bien trancadas. ¡Comencemos!

San Pedro se sentó en la silla detrás del escritorio. Abrió una gaveta. «A ver... Qué tenemos por aquí... Dónde está...», decía para sí mientras registraba la gaveta. «¡Ajá! Aquí está», exclamó. Tomó un cartapacio celeste y cerró la gaveta. La portada del cartapacio tenía una inscripción: «Formularios de solicitud para ingresar al Reino de los Cielos y Paraíso Infinito – Don Manuel».

—Don Manuel, le cuento cómo funciona el proceso. Es muy sencillo. Para completar su solicitud al Reino y Paraíso, yo, como gerente ejecutivo de admisiones, debo completar tres formularios; con su ayuda, claro está. Y sí, fue este mi ascenso; antes era gerente general y trabajaba en las puertas; ahora soy ejecutivo, tengo mi propia oficina y recibí un aumento salarial más un bono divino. ¡El que persevera, alcanza! Como decía... tres formularios; tenemos el formulario del pasado, el formulario del presente y el formulario del futuro. Una vez completemos estos, sólo harían falta su firma y una foto tamaño carné; pero no se preocupe ni por la firma ni por la foto; ya tenemos ambas en nuestros registros.

—Bueno, bueno —dijo don Manuel—. A trabajar.

—¡Así me gusta! Comenzamos con el formulario del pasado —dijo San Pedro. Sacó una hoja del cartapacio, achicó los ojos, se puso los lentes de leer que colgaban del bolsillo de la guayabera y agregó—: Este formulario es muy sencillo, don Manuel. Sólo tiene una pregunta.

San Pedro guardó silencio. Don Manuel sintió impaciencia:

—Bueno, bueno —dijo—. A ver.

—Sí, don Manuel. La pregunta es la siguiente y le pido que responda con veracidad: ¿Alguna vez en su vida le faltó el respeto a Dios nuestro Señor?

—¡Uh! —exclamó don Manuel y rio con su risa nerviosa—. ¿Yo?

—Sí, don Manuel. Usted. Vamos. Sólo dígame la verdad.

—Bueno —don Manuel carraspeó—, je, no sé qué quiere decir con faltar el respeto, je.

—Don Manuel. Usted sabe muy bien a lo que me refiero.

—Uh, bueno, una vez, je. Una vez le falté el respeto. Creo, je. No sé. No recuerdo bien. Sí... una vez.

—Gracias, don Manuel. En cuanto a los detalles... ¿Desea agregar algo?

—No recuerdo, je... je.

—Entiendo. Permítame refrescarle la memoria.

San Pedro hizo un chasquido y, súbitamente, ambos hombres estaban sentados en sillas de madera frente a una antigua iglesia colonial en La Habana, Cuba. El sol tropical les iluminaba la piel y la brisa del mar les limpiaba los pulmones mientras la voz de Celia Cruz emanaba de una lejana radio y coloreaba el aire.

—¿Ya recuerda, don Manuel? —preguntó San Pedro con tono burlesco e inocente.

—Je... ¿Qué es esto? ¿Qué hacemos aquí?

—Recordando, don Manuel —San Pedro sonrió como un niño que le hace una broma sana al mejor amigo.

El santo y el difunto vieron a un muchacho que parecía de dieciocho años, aunque sólo tenía dieciséis. El muchacho caminaba sospechosamente hacia la iglesia. Su piel quemada era prueba de los años que llevaba trabajando en las calles de La Habana. Portaba una remera blanca sin mangas, pantalones marrones cortos y unas chancletas avejentadas. Tenía el cabello negro y sus vitales ojos café brillaban con picardía.

—¡Wiwa! —exclamó don Manuel—. ¡Ese soy yo! ¿Qué es esto? —preguntó, incrédulo.

—Esto, don Manuel, ¡es evidencia! —San Pedro no podía contener el deleite. Agregó—: Disfrute y no se preocupe, que nadie nos puede ver.

El muchacho se detuvo frente a la imponente fachada de la iglesia. Luego, el santo y el difunto vieron a una muchacha caminando hacia la iglesia, sigilosamente. Estaba vestida de monja, pero su juventud trascendía su vestimenta. Su piel era blanca; sus ojos, verdes; sus movimientos, instintivos.

—Je —soltó don Manuel—. Analida.

La monja se topó con el muchacho frente a la iglesia. Ambos miraron en derredor y confirmaron que no había testigos. Se tomaron de la mano.

—Ya eso es una herejía —dijo San Pedro con una sonrisa. Don Manuel comenzó a sudar con ansiedad.

El muchacho y la monja volvieron a mirar en derredor. Enseguida, se dieron un beso en los labios que duró un momento.

—Conozco santos que jamás perdonarían esto —dijo el alegre San Pedro. Don Manuel, lleno de vergüenza, sentía que volvía a morir.

El muchacho abrió las puertas de la iglesia. La monja entró primero. El muchacho la siguió. Las puertas se cerraron. El muchacho y la monja desaparecieron dentro de la estructura gótica.

Entre el santo y el difunto, hubo un silencio sepulcral; sólo se escuchaban las olas saladas que rompían en el malecón cubano. San Pedro apretaba los labios para no reírse y miraba fijamente a don Manuel, quien carraspeaba y miraba a todo, menos a San Pedro. El santo rompió el silencio con otro chasquido y ambos hombres volvieron a las sillas plateadas en la oficinita celestial. Don Manuel parecía un niño regañado y San Pedro su benevolente padre.

—Don Manuel... ¿Tiene algo que contarme?

—Je —don Manuel carraspeó—. A ver, San Pedro. ¿Qué le puedo decir? Yo siempre he creído en usted. Lo que pasó fue una sola vez, je. Yo tenía, uh, apenas dieciséis años. Ya había salido de España por la Guerra Civil; me fui en un barco; «Marqués de Comillas» se llamaba el barco. Y, bueno, llegué a Cuba. Había que trabajar para comer, así que trabajé, vendiendo pinturas en la calle. Pero siempre he dicho que se necesita un cura en cada familia y pensé, uh, ¿por qué no volverme cura? Así que en La Habana me metí a un curso para ser cura. Y yo sí quería ser cura. El problema es que había una mujer. ¡Uh! Usted la vio. Analida. Guapa, guapa, guapa. Una cubana

que quería ser monja. Nos conocimos en la iglesia. Uh, esto fue hace mucho tiempo, je. Nos metimos en un cuartito de la iglesia y, je, usted ya sabe qué pasó, je, pasó, je, je, muy guapa la cubana, muy buena gente, muy trabajadora.

—Don Manuel —dijo San Pedro—. Quiero asegurarme de que lo entendí bien. Durante sus estudios para convertirse en un representante de Dios nuestro Señor... ¿Usted... fornicó con una monja?

—¡Uh! Si lo dice así... suena malo. Yo era un creyente de usted, San Pedro; siempre lo fui. Pero... sí, sí, eso fue lo que pasó; así me di cuenta de que yo no servía para ser cura. Le convenía a Dios nuestro Señor que yo no fuera cura; hubiese sido un desastre. Así que estando con Analida le hice un gran favor al Señor.

—En eso, don Manuel, estamos de acuerdo. Mire: usted me cae muy bien. Yo puedo... omitir... el informe de su... incidente... con la monja. Sólo prométame una cosa: que si usted entra al Reino y Paraíso, no intentará volver a hacer lo que hizo. La monja Analida está aquí en el Cielo y vive muy bien en la castidad. No haga que Dios nuestro Señor los castigue a ambos.

—¡Uh! —don Manuel soltó una risa de alivio—. Se lo prometo, San Pedro. Promesa. Gracias. Tiene mi palabra.

Don Manuel y San Pedro compartieron un apretón de manos; dos cómplices en un crimen inofensivo. San Pedro se sonrió y sacó un sello del bolsillo del pantalón. Estampó con el sello el formulario del pasado: «Aprobado – San Pedro». Guardó el sello en el bolsillo y la prueba aprobada dentro del cartapacio. Sacó otro hoja.

—Vamos avanzando, don Manuel. Ahora, comencemos con el formulario del presente. Primero, necesito hacerle algunas preguntas sobre su estado actual.

—Bueno, bueno, a ver. Esto demora mucho.

—Ya casi, don Manuel. Primera pregunta: ¿Estatus civil?

—Casado... creo.

San Pedro tomó el bolígrafo de tinta azul que colgaba del bolsillo de la guayabera y escribió sobre la hoja, murmurando mientras escribía: «Casado... creo». Continuó con la siguiente pregunta:

—¿Nivel de educación?

—El que estudia pierde el tiempo y el que trabaja pierde la plata. Yo perdí más plata que tiempo.

—Listo, don Manuel —dijo San Pedro y anotó la respuesta en la hoja. Continuó—: ¿Siente algún resentimiento en cuanto a las circunstancias de su muerte?

—Sí, que usted llegó tarde; pero ya se lo he dicho.

—Perfecto —San Pedro anotó la respuesta en la hoja—. Por último, cuénteme: ¿Por qué cree usted que debemos admitirlo en el Reino y Paraíso?

—Eh, je —don Manuel titubeó como un joven en su primera entrevista de trabajo—... bueno, porque, je, yo soy... trabajador; siempre llego temprano; no jodo a nadie. Uh... porque tengo mucha experiencia; soy buen negociante y, je —don Manuel sonrió con carisma—... bueno... porque soy un fiel creyente suyo, San Pedro.

—Muy buenas razones, don Manuel, en especial esa última —dijo San Pedro. Agregó con humor—: Pero no crea que al Reino y Paraíso se entra sólo con halagos.

—Je, está bueno eso, je, uh.

—Listo —dijo San Pedro e hizo unos últimos apuntes. Volvió a guardar el bolígrafo en el bolsillo de la guayabera—. Eso completa el formulario del presente. Normalmente, también haríamos un viaje sobrenatural para presenciar cómo están, hoy día, las personas cuyas vidas usted

impactó. Desafortunadamente, en este momento, no nos alcanza el dinero. Cerramos los libros contables del mes de febrero con resultados muy por debajo de nuestro pronóstico; recibimos muy pocas donaciones; no sólo eso, sino que estamos perdiendo muchos creyentes terrenales y tendremos que invertir más dinero en campañas de mercadeo. Mis disculpas, don Manuel. Sólo cierre los ojos, visualice cómo cree que estén las personas que usted trató e imagine que hicimos el viaje sobrenatural. Nos gastamos lo que nos quedaba del presupuesto diario en el viaje que acabamos de hacer a Cuba. Disculpe. Sé que usted entiende.

—Je, sí, claro —dijo don Manuel sin entender nada de lo que San Pedro había dicho sobre viajes sobrenaturales y demás.

San Pedro asintió, sacó el sello y estampó el formulario del presente: «Aprobado – San Pedro». Guardó el sello en el bolsillo y la prueba aprobada en el cartapacio. Sacó una última hoja.

—Para terminar, don Manuel, el formulario del futuro. Consiste en sólo una simple pregunta abierta: ¿Qué quiere para el futuro?

Don Manuel miró a San Pedro con solemnidad; luego, sonrió y respondió:

—Plata, San Pedro. Quiero plata —San Pedro rio. Don Manuel agregó—: La cosa está difícil. Deme plata.

—Me ha hecho reír, don Manuel; pero no le puedo aceptar esa respuesta. Llevo mucho tiempo en el Cielo y sé muy bien cuando alguien me está mintiendo. Sea lo que sea, por favor, le pido que me diga la verdad: ¿Qué quiere para el futuro?

Don Manuel soltó su risa nerviosa; la risa era su mecanismo de defensa, ese brillante escudo que lo protegía de la ternura, del amor, de la tristeza, de la nostalgia y de todas las demás emociones humanas que lo atacaban con frecuencia, pero que él temía sentir.

—Je, bueno, yo quisiera que, a ver, a ver —don Manuel carraspeó y rio. Sus ojos dejaron entrever lágrimas escondidas—. Uh, qué vaina, a ver, je... Yo quisiera... trabajar.

—Sí, don Manuel —dijo San Pedro—. Eso lo sé. Pero hay algo más. Por favor, confíe en mí. Cuénteme.

—A ver, a ver, bueno. ¡Je! Usted es difícil, San Pedro —San Pedro sonrió. Don Manuel inhaló sonoramente por la nariz como temiendo que saliesen por sus fosas nasales las emociones que se derretían en su pecho—. Yo sólo quiero que, je, uh, qué vaina... que mis hijos y mis nietos tengan todo lo que yo nunca tuve; ya, eso es, a ver, ¿terminamos? ¿cuánto falta? Vámonos.

—Ya casi, don Manuel. Sí necesito que... me cuente más sobre lo que quisiera para sus hijos y nietos. Le prometo que con esto terminamos.

—¡Uh! —don Manuel exclamó riendo—. Yo lo respeto mucho, San Pedro; pero usted es, uh, je —carraspeó y se llevó la mano a la cara. Sintió agua cálida debajo del párpado inferior de sus ojos, algo que no había sentido desde su niñez—. A ver. Yo no terminé la escuela. Ni siquiera la primaria. Y me gustaba; me gustaban las matemáticas, pero sólo pude aprender a sumar y restar. Después, comenzó la Guerra Civil. Aprendí a multiplicar y a dividir yo solo, años después, lejos de España; pero me hubiera gustado aprender con amigos y maestros. Quiero que mis hijos y mis nietos puedan estudiar. Que tengan todas las oportunidades que yo no tuve. Quiero que... je —don Manuel inhala sus emociones fugitivas—. Quiero que tengan comida, buena comida. En la aldea en Galicia, cuando yo era niño, todos éramos pobres, uh. Mi mamá traía a nuestra casita de piedra un pedazo de pan y nos lo dividíamos entre toda la familia; esa era la cena. Cuando comenzó la Guerra, ni pan había; nadie salía de la casita por miedo a que nos cayera una bomba. Cuando salí de España para ir a Cuba, San Pedro, me fui en un barco de vapor; el «Marqués de Comillas» del que le hablé. En el barco había café y galletas y ya. Un valenciano se murió de hambre; fueron

tres o cuatro meses en el mar; no estoy seguro; pero sí recuerdo que él murió al segundo mes. Yo no, porque ya estaba acostumbrado a pasar hambre. Yo cerraba los ojos y me imaginaba un bacalao a la gallega con papas, y con la mente me llenaba el estómago. Todo es mente, San Pedro. Cuando llegué a Cuba, trabajé en la calle para poder comer. Comía mucho dulce y tomaba mucha soda, porque era lo más barato; muy buena gente la gente de Cuba; mujeres muy trabajadoras, guapas y buenas, como Analida, je, la monja... Tuve que trabajar mucho rato para poder comprar mi primer plato de buena comida. De ahí en adelante, siempre comí sano; poco, pero sano. Por eso usted se demoró noventa y pico años en buscarme, San Pedro, je, porque yo comía sano. Hay que comer sano para cuidar la salud. La salud siempre va primero. Así que... quiero que mis hijos y mis nietos tengan qué comer. Y quiero —don Manuel pierde la voz por un instante. Se reincorpora—: quiero que los quieran y que quieran. Uh. Yo comencé a trabajar a los seis años. Nunca tuve mucho tiempo en familia, ni abrazos, ni besos, ni nada de eso. No tuve juguetes, ni pude jugar en la escuela. Tuve que crecer muy rápido. Yo mismo hice mi vida. Yo, San Pedro. Si fuera por la vida, si fuera por Dios, me hubiera quedado en Galicia tirando machete y me hubieran matado en la Guerra. Yo mismo resolví. Yo mismo salí de España y ayudé a mis hermanos. Yo mismo trabajé. Nada de tragos, sólo una cerveza cada Navidad. Nada de drogas, nunca. Mucho trabajo. Siempre apoyé como pude a mis hijos y a mis nietos. Siempre. Traté de darles lo que a mí la vida no me dio; lo que yo tuve que quitarle a la vida. Pero... no sé si los quise como yo quería. No sé si pude. No sé si sabía cómo. No sabía qué decirles, qué hacer. Quiero que los quieran y quiero que quieran, porque yo sí los quise.

Don Manuel, casi moqueando, inhaló con fuerza y parpadeó con rapidez para no llorar.

—Gracias, don Manuel —dijo San Pedro. Se quitó los lentes y los volvió a guardar en el bolsillo de la guayabera—. Gracias por compartir eso. ¡Aprobado! —San Pedro, con lágrimas en

los ojos, estampó la hoja con su sello de aprobación; una de las lágrimas cayó sobre la hoja y se fundió con el papel. San Pedro inspeccionó el sello—: Ya está gastado —dijo. Lanzó el sello y, mientras este estaba en el aire, se materializó en una esquina de la oficinita un tinaco dentro del cual cayó el sello. San Pedro se levantó, alzó los brazos como un atleta que gana un campeonato y alzó la voz—: ¡Vamos! ¡Claro que sí! ¡Amén! Qué va, don Manuel. Pasarán los siglos, pero jamás mi puntería. ¡Así! ¡Grande! ¡Amén! Ah, sí..., don Manuel: ¡Bienvenido al Reino de los Cielos y Paraíso Infinito!

Don Manuel se levantó para darle la mano a San Pedro, pero este lo abrazó con fuerza.

—Je, uh, qué vaina —dijo don Manuel, incómodo.

—¡Felicidades, don Manuel! Usted se lo merece. Bienvenido.

—Gracias, je, gracias. A ver, ya está bueno. Suélteme.

—Ah, sí, claro —dijo San Pedro. Soltó el abrazo.

—Gracias —dijo don Manuel, aliviado.

—Claro, don Manuel, discúlpeme. Mire... quisiera hacerle una pregunta; pero ¿por qué mejor no salimos de aquí? Así tomamos un poco de aire celestial fresco.

—Sí, sí, vamos ya —don Manuel dio unos pasos hacia la puerta trancada y se alegró al recordar que en el Reino y Paraíso tenía la fuerza para caminar; la misma fuerza que tuvo durante casi toda su vida en la Tierra.

San Pedro sacó del bolsillo las tintineantes llaves y abrió la puerta. Ambos hombres salieron de la oficinita y entraron en el infinito espacio blanco, claro y puro. San Pedro trancó la puerta de la oficinita y se aseguró, tres veces, de que de hecho la había trancado.

—¡Hola, jefecito! —exclamó Carlitos desde el extremo lejano de las puertas celestiales—
. ¡Espero que les haya ido bien! ¡Todo en orden por acá!

—¡Gracias, Carlitos! —respondió San Pedro—. Y, por favor, no me llames...

San Pedro se detuvo y pensó si valía o no la pena repetir lo que llevaba siglos repitiendo.

—¿Que no lo llame cuándo, jefe? —preguntó Carlitos—. ¿Se va de vacaciones? ¿Está enfermo? ¿Qué le pasó? ¿Todo bien, jefe?

—Olvidalo..., Carlitos —dijo San Pedro.

—¡Sí, jefe!

Don Manuel, quien había estado riendo durante todo el intercambio, le susurró a San Pedro:

—No tiene cabeza el muchacho. Uh. Bruto. ¡Uh!

—Don Manuel, que Dios me perdone, pero tiene usted toda la razón. Carlitos es un buen muchacho... pero sin duda es bruto. Brutísimo. Es de los difuntos más brutos que tenemos aquí. Y créame: así como tenemos genios, tenemos muchos brutos. Muchos... brutos. Carlitos les hace competencia a todos. Un ángel amigo mío siempre dice que a Carlitos no le falta una neurona, sino que sólo tiene una. Le llama «Carlitos el mononeurónico». Discúlpeme... No debí haber dicho eso. Me dejé llevar. Hoy le pediré perdón a Dios.

—¡Wiwa!

—Don Manuel... La pregunta que quería hacerle es la siguiente: ¿Quiere usted estar aquí?

Don Manuel se rio y dijo:

—¿Cómo así? Je. No quiero ir al infier...

—¡No! —exclamó San Pedro—. Quiero decir, no; no diga esa palabra; no la diga, por favor, no, se lo imploro. Y no. Ni siquiera lo piense. Se lo pregunto porque... en el Reino y Paraíso, don Manuel... no trabajamos. Mire —San Pedro hizo un gesto para que don Manuel mirase más allá de las puertas celestiales; este vio ángeles caminando, gente bañándose en la piscina celestial y otro glorioso escenario sobre el cual talentosos actores interpretaban otra versión especial de la

resurrección de Cristo, esta vez con el papel de Jesús siendo interpretado por Jesús—. ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Dios mío, qué gran actor! —exclamó San Pedro. Tosió y se reincorporó—. Como le decía, don Manuel... Aquí no trabajamos. No hace falta trabajar. Claro, tenemos títulos y salarios y todo eso; pero, en la práctica, no hacemos mucho. La mayor parte del tiempo, sólo somos; sólo existimos; sólo disfrutamos de este regalo eterno que nos ha otorgado nuestro Dios misericordioso. No sé si usted sea feliz aquí, don Manuel; es eso lo que intento decir. Usted es un trabajador. Además, aunque nos encantaría tenerlo por aquí, pienso que hay otros quienes apreciarían aún más su presencia.

—Je, sí, ¡wiwa! Bonito el Cielo, je, pero son un poco flojos, je, no se trabaja mucho, je. A ver... ¿Quiénes? ¿Qué presencia? No le entiendo. A ver.

—Pues, don Manuel, su familia. Sus hijos, sus nietos. Verá, muchos cristianos responden a la prueba del futuro con qué quisieran hacer ellos en el Paraíso. Dicen a quién quisieran conocer, dicen qué quisieran ver; algunos incluso me han dicho que quisieran sentir placeres carnales en el Cielo. ¡Imagínese eso! ¡Vea usted cómo está la sociedad terrenal en este siglo! En fin... muchos cristianos mueren y llegan aquí pensando en ellos mismos. Pero usted, don Manuel, usted es diferente, al igual que otros grandes cristianos que lo han precedido. Usted, incluso en una oficina que está justo a un lado de las puertas celestiales, usted piensa en su familia. Y eso, don Manuel, es especial. Para cristianos como usted, ofrecemos una alternativa que quisiera proponerle: No vivirá eternamente en el Reino y Paraíso. No lo vestiremos de blanco, ni lo contrataremos como actor en nuestras divinas obras teatrales, ni lo inscribiremos en clases de caminata sobre el agua. En lugar de esto, su esencia viajará de vuelta a la Tierra para fundirse con la esencia de quienes usted amó y sigue amando. De esta forma, su esencia vivirá dentro de ellos; así usted podrá seguir trabajando para siempre, por ellos, desde ellos y a través de ellos. Claro que ellos no tendrían

consciencia de esto. Ya lo hemos conversado con Dios y, por temas de privacidad y para evitar cualquier proceso legal, preferimos que todo sea muy misterioso. Pero aunque no lo sepan, don Manuel, será usted quien los ayudará desde lo más profundo de sus esencias, para que ellos puedan lograr tener lo que usted nunca tuvo. ¿Qué le parece?

—Wiwa... bueno. Gracias, San Pedro. Gracias. Y, je, a ver. Y... para vivir en la esencia de mis hijos y nietos... eh...

—¿Sí, don Manuel?

—¿Tengo que pagar algo? —preguntó don Manuel, preocupado—. ¿Hay alguna tasa de alquiler de esencias o algo así? ¿Le debo algo? A mí no me gustan las deudas, San Pedro, pero le prometo que no tengo nada; el poco dinero en efectivo que tenía en mi billetera, lo perdí cuando usted me vino a buscar.

San Pedro sonrió sabiendo que la pregunta de don Manuel era genuina.

—Usted no cambia, don Manuel —dijo—. No, no tiene que pagar nada y no, no me debe nada.

—Bueno, San Pedro —dijo don Manuel con alivio—. Entonces... le pago dándole las gracias... por todo —don Manuel carraspeó y sonrió con picardía—. Acuérdesse: lo que usted ha hecho por mí, mi familia lo hará por usted.

—Ha sido un honor —dijo San Pedro. Le dio la mano a Don Manuel—. Gracias a usted. Aquí lo queremos mucho; pero sé que allá lo quieren aún más. Cuídese.

—Bueno, bueno —dijo don Manuel, esforzándose para no llorar—. Se le quiere, San Pedro. Je. Siga haciendo su trabajo, que lo hace muy bien.

—Gracias, don Manuel. Eso significa mucho viniendo de usted. Buen viaje.

Frente a ambos hombres, el ascensor reapareció y abrió sus puertas. Dentro del mismo, había un perro grande con rasgos atigrados y mirada noble. El perro estaba parado en sus cuatro patas, llorando.

—Wiwa —dijo don Manuel, confundido—... ¿Esto qué es?

—Sam, Sam, no llores; todo estará bien —dijo San Pedro, consolando al perro. Luego, se dirigió a don Manuel—: Don Manuel, le presento a Sam; Sam, te presento a don Manuel.

—Mucho gusto —dijo el triste perro Sam, con la voz más profunda que jamás había resonado en el Cielo.

—¿Sam? ¿La voz del ascensor? —preguntó don Manuel.

—Sí —respondió el perro Sam con una voz que hizo vibrar a las puertas celestiales.

—Sí, don Manuel —San Pedro intervino—. Este es Sam. En realidad, Sam es su apodo; su nombre es Samuel. Qué milagro de voz, ¿no? ¡El Señor sí que trabaja en formas misteriosas! Como Sam era mudo en la Tierra y nunca pudo ladrar, el Señor le otorgó una magistral voz para que en el cielo pudiera hablar. ¡Justicia divina!

—Je —don Manuel carraspeó—. No sabía que en el Cielo había anima...

—¿Qué? —preguntó el perro Sam. Don Manuel percibía que la voz se volvía cada vez más profunda.

—Nada, nada. Je.

—Disculpe que esté llorando, don Manuel —dijo el perro Sam con su enorme voz—. Le juro que soy un profesional. Es sólo que cada vez que alguien toma el camino de las esencias, no sé, me llega al alma y, como aquí sólo soy alma, no sé, me conmuevo muchísimo. ¡Cuídese! —las vibraciones de esta última palabra casi derrumban la oficinita, lo cual asustó a San Pedro.

Sam se desvaneció. Don Manuel, mirando de reojo a San Pedro, caminó hasta entrar en el ascensor vacío cuyas puertas permanecían abiertas. En el panel de control del ascensor, un botón apareció a un lado del botón de sala de espera; el nuevo botón estaba marcado con el símbolo «∞» y tenía una inscripción que decía, en letras doradas: «Esencias de Seres Queridos». Don Manuel presionó este botón y la profundísima y afectada voz incorpórea del perro Sam dijo: «Piso Infinito: Esencias de Seres Queridos».

Las puertas del ascensor comenzaron a cerrarse lentamente y, mientras lo hacían, el Cielo quiso despedirse de don Manuel. San Pedro se despidió con una sonrisa orgullosa y un suave ademán y pensó: «Aún no sé qué significa “wiwa”». Luego, todos los ángeles del Cielo aparecieron a los lados de San Pedro; todos despidiéndose de don Manuel; todos sonriendo con ojos brillantes y alas inútiles. Entre los ángeles, don Manuel distinguió a sus hermanos, que habían muerto antes que él; a su mamá, muy elegante; a su papá, fuerte; a un niño de su aldea gallega quien murió en la Guerra. Distinguió también a la mujer cuya voz le daba esperanza en La Habana: Celia Cruz. Don Manuel se despidió de todos con su propio ademán y, velozmente, las puertas del ascensor se cerraron por completo, en un instante. El ascensor permaneció inmóvil. Mirando frente a él las puertas metálicas cerradas, don Manuel pudo ver y escuchar a Tres Patines jugando con un juez un juego de letras que culminó en un chiste cuya conclusión fue que el juez era un burro. Don Manuel se rio a carcajadas. Luego, vio y escuchó al brillante Cantinflas actuando, convincentemente, como un total idiota. Se llenó de alegría y rio. Luego, presencié a su nieta graduándose del colegio. Presenció a su nieto mayor en la cena navideña de la familia. Presenció a su nieto menor comiendo con apetito; siempre le gustó ver cuánto disfrutaba la comida. Don Manuel sentía cómo se terminaban de derretir las emociones en su pecho y salían por sus ojos en forma de agua cálida. Presenció a su hijo graduándose de la universidad. Presenció a su hija

llegando al aeropuerto de la ciudad luego de haberse graduado de la maestría en los Estados Unidos. Volvió a vivir cuando él y su hija comían pan dulce con canela en el parque. Volvió a estar sentado en el asiento de pasajero de su carrito viejo mientras uno de sus nietos lo llevaba al negocio. Volvió a pasear a su nieto menor cuando era niño; don Manuel caminaba y el nieto, a su lado, andaba en su camioncito amarillo de juguete. Volvió a ver a su nieto menor jugando futbol, solo, en la sala de la casa, en pijama, todas las noches, hasta que rompió un adorno de arcilla con una patada, sin querer, y decidió que desde ese entonces sería mejor idea jugar futbol afuera. Volvió a conocer a su mujer; ella le provocaba cierta timidez así que, al inicio, un buen paisano gallego tuvo que hablar por él. Volvió a ayudar a sus hermanos. Volvió a comprar su propia casa. Volvió a trabajar cada día. Volvió a cantar canciones de Celia Cruz en la ducha. Volvió a comer con gratitud. Volvió a comprarle los uniformes y los libros de la escuela a su nieto menor. Volvió a echar chistes oscuros y a reírse con su hija. Volvió a ayudar a su mujer para que pudiese estudiar lo que la apasionaba. Volvió a ahorrar las pesetas que usó para pagar, él mismo, la entrada al barco en el que salió de Galicia. Volvió a conocer a muchos inmigrantes, gallegos y no gallegos, que también habían logrado tener una mejor vida que la que la vida misma les había ofrecido. Volvió a ser niño y comió pan con su familia en la casita de piedra de Galicia. Volvió a tener once años y fue el jefe de sus hermanos y de otros gallegos mientras contrabandeaban café de Portugal a España y lo vendían para comprar comida. Volvió a su cama y sintió la cálida mano de su hija, despidiéndose de él. Don Manuel percibió que el ascensor comenzaba a esfumarse, al igual que su propio cuerpo, al igual que todos los sentidos, todas las memorias, todo el tiempo, todo el espacio y todo lo demás. La esencia de don Manuel, parecida a una estrella dorada, brillaba como única luz en una oscuridad más oscura que el interior de los párpados cerrados de un difunto. Como una

célula, la esencia se dividió en seis partes. Se produjo una explosión divina. Las seis partes volaron hacia el infinito.

La viuda de don Manuel se siente desolada. Está sentada en la sala de la casa, sobre la silla mecedora de su recientemente fallecido esposo. Una dócil voz interior le sugiere que encienda el televisor. La viuda obedece a la voz y ve en la pantalla, para su sorpresa, una película de Cantinflas. El comediante brinda un gran chiste y, durante unos segundos, la viuda ríe y no sufre. Mientras ríe, piensa en don Manuel.

La hija de don Manuel está a punto de comprarse un nuevo auto: una fuerte camioneta que le permitiría conducir por las carreteras de tierra que abundan en las afueras de la ciudad. El vendedor de autos, cansado de negociar, le ofrece un precio y agrega que es su última oferta. Un instante antes de aceptar este precio, la hija de don Manuel escucha una sugerencia de su voz interior y, sonriendo, le dice al vendedor: «Ayúdeme, por favor. Bájeme mil dólares más y ya. ¡Usted sabe que la cosa está difícil!». El vendedor sonríe con resignación y, luego de una corta discusión, acepta. La triunfante hija de don Manuel piensa en su papá.

El hijo de don Manuel considera si debiese o no trabajar sobre un ensayo que está escribiendo. Es un ensayo sobre el método ideal para enseñar el español como segundo idioma. El tema le es intrínsecamente interesante; pero es muy temprano por la mañana y la suave lluvia que

percute sobre el techo incita a descansar, no a trabajar. El hijo de don Manuel, indeciso, escucha una voz interior que le recuerda la dicha que representa tener la oportunidad de trabajar. Se lava la cara, se sienta a escribir y piensa en su papá.

La nieta de don Manuel recibe una gran oferta de trabajo. La oferta sería perfecta si no fuese porque la obligaría a dejar la universidad antes de graduarse. Ella expresa sus dudas y el jefe de recursos humanos, con quien conversa por teléfono, le dice que no sabe si la empresa pudiese esperarla hasta su graduación. La nieta de don Manuel escucha una voz interior que le regala una sugerencia, la cual ella comunica: «Entiendo completamente. Se me ocurre: Podría empezar trabajando medio tiempo hasta que termine la universidad, para graduarme y poder ofrecerle aún más a la empresa; una vez graduada, podría trabajar tiempo completo. ¿Sería esto posible?». Hay una pausa en el teléfono. «Claro que sí», dice el jefe de recursos humanos. «Bienvenida a la empresa». Nace una sonrisa en la nieta de don Manuel y ella piensa en su abuelo.

El nieto mayor de don Manuel termina el día laboral con el espíritu vacío. Quiere trabajar, pero sufre su trabajo. Él siempre ha sido creyente y quisiera poder dedicar su vida a la religión, en especial a su santo preferido, San Pedro; pero se sentiría culpable si renunciara a su trabajo. Escucha una compasiva voz interior que le dice que renuncie para dedicarse a la fe. Al escuchar la voz, su espíritu se llena y su cuerpo se aligera. Con un nuevo propósito, alza la cabeza y sale de su oficina laboral por última vez. Escucha la voz de su abuelo: «Se necesita un cura en cada familia».

En el Cielo, San Pedro, halagado y alegre al haber ganado un nuevo servidor, escucha la voz de don Manuel: «Lo que usted ha hecho por mí, mi familia lo hará por usted».

El nieto menor de don Manuel está enamorado. Considera abandonar sus estudios universitarios para poder mudarse a otra ciudad con la mujer que ama. Sumido en la duda, escucha en su interior el consejo de su abuelo: «Primero estudias... Después te casas». Con mucho dolor, el nieto de don Manuel se despide de la mujer que ama. Termina la carrera universitaria con honores. Le dedica el triunfo a su abuelo.

Años después, conoce a otra mujer, de quien se enamora completamente. Se mudan juntos. Él escucha en su interior otro consejo de su abuelo: «Sólo cástate con una mujer si la amas en la mañana, porque en la noche se esconden muchas cosas». El nieto menor de don Manuel se casa. Su esposa está embarazada.

—Si es niña, le ponemos Laura o Isabel —dice ella—. No es negociable. Los dos nombres me encantan. Pero si es niño, mi amor, tú eliges. Confío en ti.

—Si es niño, se va a llamar... Manuel.

—Qué lindo. ¿Como tu abuelo?

—Sí. Como mi abuelo.

El 16 de marzo del año 2031, a las 2:12 de la madrugada, nace Manuel.